

HENAR PIZARRO LLORENTE, 2004: *Un gran patrón en la Corte de Felipe II. Don Gaspar de Quiroga*. Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 620 pp. ISBN: 84-8468-147-5. Por M. Revuelta González.

Posee esta obra las cualidades de una buena tesis doctoral. Es un estudio sólidamente documentado en las fuentes manuscritas consultadas en los 18 archivos y bibliotecas que se reseñan al final, así como en importantes fuentes impresas y en la selecta bibliografía complementaria. Henar Pizarro ha logrado un trabajo erudito, denso y concienzudo; una investigación pura y dura, que se transmite en un relato pormenorizado y minucioso. Obras de investigación como ésta son imprescindibles para conocer la realidad histórica de una época muy complicada, sin caer en fáciles simplificaciones.

El eje sobre el que gira toda la investigación es uno de los personajes más influyentes en la segunda mitad del siglo XVI, don Gaspar de Quiroga, legista y eclesiástico de gran influencia, nacido en Madrigal de las Altas Torres en 1512 y fallecido en Toledo en 1594. Tuvo una vida muy larga para aquella época. No ha alcanzado Quiroga la fama popular de otros personajes de su tiempo, como Antonio Pérez o Bartolomé de Carranza. Tampoco su biografía contiene lances espectaculares. Fue una verdadera eminencia gris, un hombre importante por sus cargos, más que por el decurso de su vida personal. Quiroga nos conduce a las instituciones que dirige, los cargos que ejerce, las funciones que cumple, los personajes que trata, mientras quedan en penumbra su pensamiento íntimo y sus confidencias personales.

La autora distribuye la materia en ocho grandes capítulos, en los que la biografía de Quiroga se periodiza a tenor de sus actividades políticas y religiosas. La vida pública de Quiroga acaece unas veces en subordinación y otras en liderazgo. Su escalada tuvo altibajos, pero no caídas, y dio como resultado una ascensión imparable hasta las cumbres del poder civil y religioso. Estas etapas aparecen bien diseñadas en el libro. Después de una etapa de formación, desde 1512 hasta 1540, nuestro personaje comienza a brillar bajo el patrocinio del Cardenal Tavera (1540-1545) y a la sombra del Cardenal Silicio (1546-1554). La estancia en Italia (1555-1564), primero en Roma como auditor de la Rota y luego en Nápoles como visitador del Reino, le ayuda a destacarse en el servicio de la Monarquía, mientras cultiva amistades en la naciente Compañía de Jesús y traba contactos en la curia pontificia. El retorno a España significó la plenitud de sus actividades políticas en la Corte, desde las más elevadas funciones administrativas, a las órdenes del Cardenal Espinosa, al que sucederá como «gran patrón». Este apogeo de Quiroga se explica muy a fondo en los capítulos 5 y 6, que constituyen el meollo de la obra. El capítulo 5 analiza la participación de nuestro personaje en el proceso de confesionalización de la Monarquía durante los años 1565-1572, y el capítulo 6 describe sus influencias como gran patrón cortesano, durante los años 1573-1579. Seguirán cinco años de pérdida del favor real (1580-1585), para concluir con la reforma del gobierno de la Monarquía y la rehabilitación de don Gaspar en los últimos años de su vida (1586-1594).

No es posible resumir los acontecimientos y personas que la autora analiza con detalle en la obra. Existen, sin embargo, tres soportes temáticos que de alguna manera unifican los contenidos de la investigación. No referimos a las facciones clientelares de la Corte, los instrumentos de gobierno de la Monarquía Hispánica, y el proceso de confesionalización. Quiroga fue protagonista en estos temas transversales que, de alguna manera, animaron el funcionamiento de la gran máquina de la Monarquía española en su época de predominio universal.

El estudio de las facciones o «partidos» en la Corte española ha sido uno de los objetivos del equipo de investigación dirigido por el profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, don José Martínez Millán, que también ha dirigido la tesis de Henar Pizarro. Estas investigaciones ayudan a comprender la política de los Austrias. La Corte, desde finales de la Edad Media, era el centro neurálgico de la gobernación del reino. El rey era la cabeza, y todo grupo que deseara influir en el gobierno o imponer una política se esforzaba en conseguir la gracia real. Los grupos o partidos cortesanos contaban con redes de adeptos o clientes, a los que se procuraba introducir en los puestos claves de la administración desplazando a los partidarios de la facción competidora.

Quiroga es un personaje muy adecuado para rastrear los grupos de poder y las facciones cortesanas. La autora nos va desvelando la trama de las redes clientelares desde los tiempos del cardenal Tavera, que llegó a convertirse en gran patrón, al ejercer cargos tan importantes como Presidente del Consejo Real, Inquisidor General y Arzobispo de Toledo. A su sombra empezó a medrar el joven canónigo Quiroga. Al comenzar el reinado de Felipe II empezó a despuntar un partido «ebolista», llamado así porque tenía como dirigente al príncipe de Éboli, Gómez de Silva. Contaba este partido con el apoyo de la princesa Juana y manifestaba afición a los jesuitas, representados entonces por Francisco de Borja. Frente a las tendencias de ese grupo se situaba el rigorismo del Inquisidor Valdés. El declive de éste fue paralelo al encumbramiento del cardenal Espinosa, a cuya sombra comenzó el ascenso de Quiroga en importantes cargos estatales. La muerte del gran patrón Espinosa en 1572 favoreció la consolidación y pugna de los dos grupos cortesanos. El partido ebolista se fortaleció con nuevos dirigentes, como Antonio Pérez, la princesa viuda de Éboli, y miembros de la familia real como Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Se ha dado a este partido el nombre de «papista», porque favorecía las propuestas contrarreformistas de los pontífices, que intentaban poner límites a los excesos regalistas del mismo rey, que estaban apoyados por el partido «castellanista», dirigido por Mateo Vázquez, que dominaba al poderoso Consejo de Castilla. Quiroga afianzó su poder como seguidor del partido ebolista o papista, hasta el punto de convertirse en el gran patrón cortesano durante el sexenio 1573-79. La caída estrepitosa de Antonio Pérez arrastró a algunos de sus clientes y amigos, mientras ocupaban sus vacantes los clientes de Mateo Vázquez. El «perezista» Quiroga vio entonces disminuida su influencia en la Corte, pero al cabo de unos años recobró la influencia hasta su muerte. A través de las redes clientelares desde las que actuaba don Gaspar se descubre muy bien la trama de las pugnas políticas en la Corte del Rey Prudente, con todos sus matices y complejidades. Eran luchas tenaces en las que cada partido buscaba el predominio, pero no hasta el punto de lograr la erradicación total del partido contrario. Había altibajos y contrapesos, y parece que el Rey combinaba las piezas en provecho propio, según las circunstancias. Quiroga, por ejemplo, experimentó los altibajos del juego, pero no llegó a ser expulsado del tablero.

El segundo tema que atraviesa el contenido del libro es el que se ocupa de las instituciones administrativas. La gran máquina de la Monarquía hispánica se gobernaba, como es sabido, mediante los grandes organismos colectivos que formaban un sistema de gobierno polisindodal a través de los Consejos (Castilla, Estado, Hacienda, Guerra, Inquisición, Cruzada, Indias, Italia), de las juntas convocadas eventualmen-

te para resolver asuntos determinados o de otros medios extraordinarios como las visitas, que examinaban el estado de los reinos o de los problemas más acuciantes.

El «cursus honorum» de Gaspar de Quiroga cubre numerosos e importantes cargos eclesiásticos y civiles: vicario de Alcalá, canónigo de Toledo (1545), auditor de la Rota (1554), visitador del Reino de Nápoles (1559-63), miembro del Consejo de Castilla, y del Consejo de la Suprema Inquisición (desde 1565), formando parte en calidad de tal en la Junta Magna para asegurar el catolicismo en América; visitador del Consejo de Cruzada (1566-73), presidente del Consejo de Italia (1567-71), obispo de Cuenca (1571-77), Inquisidor General desde 1573, el mismo año en que es nombrado miembro del Consejo de Estado, presidente de la Junta de Flandes (1574), Arzobispo de Toledo desde 1576 por recomendación de Antonio Pérez, y cardenal desde 1578. La autora parte de estos grandes cargos para explicar el funcionamiento y las atribuciones de aquellas instituciones, sus estatutos, sus reformas, los personajes que las servían y los asuntos concretos que en ellos tuvo que resolver nuestro protagonista. En relación con aquellas grandes instituciones van desfilando los hechos y personas de la historia de la época. Desde los tocados por las sospechas inquisitoriales (Fray Luis de León, Santa Teresa, el Brocense y Arias Montano) hasta el intrigante y traidor Antonio Pérez. Desde los alumbrados y moriscos hasta los jesuitas memorialistas que protestaban por los cambios de la Compañía de Jesús. Sin olvidar la viscosa política italiana, la rebelión de Flandes entre la represión o el acuerdo, la anexión de Portugal, la participación en la Santa Liga alentada por el papa o las amenazas de la invencible Inglaterra. Todo ayuda para trazar un cuadro muy real de aquella España en la que, por encima de las consultas de los Consejos, sobrenadaba la voluntad decisoria del rey.

El tercer gran tema se refiere a la idea motriz que empapaba el modo de ser y de actuar de la gran Monarquía. Los autores llaman «confesionalización» a este proceso. Es un nombre malsonante, pero al menos sirve para indicar su diferencia con los conceptos de contrarreforma o de confesionalidad católica. La confesionalización era el espíritu que sustentaba los fines políticos y religiosos de la Monarquía. Consistía en la integración de las ideas y prácticas de la religión católica en los objetivos políticos de la Monarquía. Este proceso venía realizándose desde el reinado de los Reyes Católicos, pero fue con Felipe II, hacia 1560, cuando alcanzó su cima, y se manifestó «en una serie de reformas que involucraron la concepción y estructuración de la política, la religión, la cultura y la sociedad» (p. 124). Todo quedó penetrado por este ideario que afectó también a las facciones cortesanas y a los órganos de la administración. El extremismo con que se llevó a cabo dio lugar a tensiones permanentes con la Santa Sede, pues en el fondo se trataba de una instrumentalización de la religión como medio de control social absoluto, en beneficio de la Corona, con menoscabo de la primacía pontificia y de algunas disposiciones del Concilio de Trento. Los desacuerdos entre Felipe II y los papas Pío V, Gregorio XIII y Sixto V eran conflictos de competencias por el dominio en el campo religioso.

La figura ambivalente de Quiroga, clérigo y cortesano, servidor del rey y obispo de la Iglesia, ofrece pautas muy sugestivas para conocer la imposición de aquella política desde los altos cargos que detentó. Don Gaspar combinaba bien las reformas religiosas de inspiración tridentina, con las exigencias políticas de la confesionalización. Como obispo fomenta los concilios provinciales, el sínodo diocesano, la reforma de órdenes religiosas y la creación de instituciones benéficas. Como Inquisidor aplicaba

celosamente todo el poder de la Suprema para asegurar la ortodoxia, fomentar actitudes de intransigencia con alumbrados y moriscos, y publicar un nuevo índice de libros prohibidos para extirpar toda semilla de heterodoxia.

Acaso el secreto de los éxitos de Quiroga estaba en aquella moderación y mesura, que a veces sonaba a ambivalencia. Daba la impresión de que sabía nadar y guardar la ropa. Sabía ser fiel al rey y al papa. Mantenía afecto a los jesuitas mientras servía fielmente al enemigo de éstos, Siliceo. Colaboraba con Espinosa sin dejar de pertenecer al grupo de Éboli. La ambivalencia de Quiroga aparece en sus opiniones cambiantes sobre el pacifismo o belicismo que debía emplearse con los flamencos, y en sus connivencias o silencios sobre los planes tenebrosos de Antonio Pérez (p. 362). Sus presiones para lograr una sentencia condenatoria de Carranza reflejaban la subordinación al rey, «siguiendo siempre las indicaciones del monarca» (p. 368). Una servidumbre que se manifestó también en su pleno apoyo a la incorporación de numerosas poblaciones de la archidiócesis toledana al Patrimonio Real. Fue un gran señor, y como tal adquirió inmensas riquezas; aunque supo emplearlas con magnificencia en fundaciones piadosas y benéficas y en generosas obras de caridad.

La Doctora Henar Pizarro, profesora en la Universidad Pontificia Comillas, nos ha ofrecido en este libro una obra historiográfica de gran calidad científica. Ha rescatado de las sombras a un «gran patrón» en la corte de Felipe II, y lo ha utilizado como guía excepcional para recorrer los ambientes, instituciones y problemas de la España profunda y compleja del siglo xvi.

MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ
Departamento de Filosofía, Humanidades y Comunicación.
Universidad Pontificia Comillas de Madrid

- I. STUART-HAMILTON, 2002: *Psicología del envejecimiento*. Ed. Morata, Madrid, 318 pp.
Por Rosario Paniagua Fernández.

Obra de 318 páginas traducida por Tomás del Amo, en la que el autor hace un amplio recorrido por los temas claves de la psicología del envejecimiento. El autor es profesor del Colegio Universitario de Worcester. La obra es de gran utilidad para los estudiosos del tema, y supondrá sin duda una gran ayuda; además de lo expuesto en cada uno de los ocho capítulos, la inclusión de un amplio glosario de términos técnicos facilita la comprensión de algunos de sus capítulos; también incluye en el glosario definiciones de términos no mencionados en el texto, pero que son de uso muy común en las publicaciones gerontológicas. A destacar así mismo la amplísima bibliografía general, y las lecturas propuestas al final de la mayoría de los capítulos. Todo el conjunto hace que la propuesta del autor resulte útil y rica.

El hecho de vivir en sociedades donde las expectativas de vida continúan incrementándose implica que, día a día, sea mayor el volumen de investigaciones en psicogerontología y que, de ese modo, se pueda mejorar la calidad de vida de las personas mayores.

Ian Stuart-Hamilton organiza el contenido de este libro en ocho capítulos dedicados a temas de tanto interés como el desarrollo biológico y las peculiaridades que